

## Las nuevas censuras



Público en la presentación del documental 'Los archivos del silencio' en el Paraninfo. (José C. Castillo)



[José F. Peláez](#)

Valladolid

24/04/2026 a las 06:52h.

Estuvimos el lunes en el Paraninfo de la Universidad viendo la 'premier' de 'Los archivos del silencio', el documental sobre la censura franquista contra El Norte de Castilla producido por Rodrigo Uceró y Liliana Martínez. Como el documental está basado, en parte, en la investigación de Antonio Bueno, aproveché para hacerme con su libro, que aporta una prueba documental de alto valor para cualquier persona interesada en la historia de su país y de su ciudad. Ambos documentos –libro y documental– sirven para que recordemos la especial saña con la que el régimen franquista trató a El Norte de Castilla y, en particular, a su director, Miguel Delibes, figura sobre la que Manuel Fraga ejerció un acoso insostenible e inhumano. Conviene no olvidarlo. El propio catedrático Antonio Bueno anuncia que seguirá investigando en la misma línea. Son buenas noticias y estaremos pendientes.

Noticia relacionada



- 'Los archivos del silencio', el documental sobre la censura franquista contra El Norte de Castilla  
Liliana Martínez Colodrón

Todo esto es importante y llega en un momento clave; sostengo que la crisis de la democracia –causada, en parte, por el auge del populismo, ya infiltrado por completo en el ADN de todos los partidos, sin excepción– viene marcada por la crisis de la prensa. Es decir, que si España está enferma de populismo es porque ya solo una pequeña élite lee periódicos, mientras que el resto prefiere chapotear en la basura de las redes sociales, que son empresas tóxicas al servicio de intereses espurios y de las que ya no queda duda que están diseñadas para manipular, para generar marcos mentales sobre falsedades y para crear zombis presos del fentanilo del 'scroll' infinito. En inglés se les llama 'doomscroller', usuarios adictos a las noticias apocalípticas que se hunden en sus arenas movedizas a medida que su pulgar lanza la pantalla hacia abajo; personas atrapadas en la pulsión enferma de deslizar basura en busca de su nueva dosis de alarma, indignación o desastre; consumidores compulsivos y altamente radicalizados que ya no se informan para entender el mundo, sino para intoxicarse con él. Dicho de otro modo, España ha cambiado la lectura pausada de la prensa por una servidumbre nerviosa a las redes, que actúan como fábricas de resentimiento. Por eso hay realidades diferentes actuando en paralelo y es posible que gente que no ha tenido ni un solo problema con un inmigrante en su vida hable como un neonazi; o que gente aparentemente demócrata jalee a un fiscal general que ha actuado para destruir al rival político del partido en el poder. Simplemente ya no operan sobre lo real sino sobre lo simbólico, sobre lo tribal, sobre el sentido de pertenencia a una tribu fanatizada e irracional.

En esta ciudad tenemos la suerte de seguir contando con una cabecera seria e histórica como El Norte de Castilla. Pero decirle esto a usted, que lo está leyendo, recuerda a aquel cura que reñía por no ir a misa precisamente a los que estaban sentados en primera fila. Y cabe recordar que este lujo que es 'El Norte' no es algo que exista porque sí. Muy al contrario, es algo que existe porque otros lo han levantado y defendido, algo que nos ha sido dado gracias a muchos hombres y mujeres que se jugaron el pescuezo antes que nosotros y en circunstancias mucho más adversas. Y que nos lo han legado, como un acto de responsabilidad y de amor infinito a su tierra. Y no siempre ha sido fácil, nunca lo es. El documental y el libro sirven para recordarnos lo heroico que resulta que una cabecera se mantenga erguida –y más líder que nunca– durante 172 años. A veces pienso si llegaré al 200 aniversario, que me pillaría con setenta y seis. A veces pienso si llegará el propio periódico. Y no puedo responder ni a una ni a otra. Yo soy lo de menos, pero me daría mucha vergüenza que fuera mi generación la que viera su fin y que sea el pueblo libre el culpable de no saber sostener un periódico que ni siquiera una dictadura logró destruir.

El Norte de Castilla forma parte de los activos de esta ciudad, es un buque insignia y algo de un valor incalculable. Y si esto es así es porque muchos se jugaron la salud y la reputación cuando era más sencillo callar y levantar el brazo. Hoy muchos callan y levantan el brazo ante el poder en la búsqueda del prestigio social, de esa mano sobre el lomo que te otorga el sello de 'buen muchacho'. Es la dictadura de los buenos muchachos, de los asimilados a los que manden o, peor aún, de los asimilados a los que aplauden. Pero yo no aspiro a ser un buen muchacho sino uno antipático a ojos de quien debo serlo. Y, a ser posible, escribiendo mejor que ellos.

Hoy la censura no existe. O no existe como entonces; para sobrevivir ha sabido mutar en algo más sutil, en presiones veladas, en sugerencias venenosas y en guerra económica. Bien, eso se puede sortear. Pero se sortea peor la última mutación, que es la autocensura, es decir, no decir lo que piensas, pero sin que nadie te presione, solo porque hay días que no apetece aguantar linchamientos y amenazas. Pero a esto nos dedicamos, así que el día que eso suceda, hay que irse. Aquí estamos –al menos los opinadores– para decir lo que nos dé la gana, para incomodar y para situarnos enfrente de los que utilicen su poder de hoy para proteger lo que juraron combatir ayer. Es decir, de los nuevos Fragas. Y que, cuando lo hagan, al menos tengan la total certeza de que, desde El Norte, se les va a combatir abiertamente. Se llamen como se llamen.

Pero hoy no es día de mojar la pólvora sino de recordar que sin prensa no hay ciudadanos informados; sin ciudadanos informados, no hay votantes racionales; y sin votantes racionales no hay democracia. Podemos cerrar el silogismo diciendo que sin prensa no hay democracia y es estrictamente cierto. Pero es que, además, sin prensa no hay control al político, ni preguntas incómodas, ni artículos que reflexionen sobre aquello que el poder no quiere que se reflexione. Además, sin El Norte de Castilla estaría perdida la memoria de un pueblo. Vienen tiempos muy oscuros. Gracias a Liliana, a Rodrigo y a Antonio podemos recordar que otros los vivieron infinitamente peores. Pero, sobre todo, recordamos que es nuestra obligación dar testimonio para que dentro de cincuenta años alguien haga un documental sin que se nos caiga la cara de vergüenza. Aunque muchos no quieran periodistas que nos protejan de los políticos sino políticos que los protejan de los periodistas.